

TEXTOS DE PRIMERA PLANA

ENCUENTRO CON STALIN (II) Por Alexander Soljenitzin

Este es otro fragmento de la novela
El primer círculo, del escritor soviético
Alexander Soljenitzin, un autor que accedió a la
fama a partir de la clandestinidad.
Se continúa aquí con la narración
de la intimidad burocrática de José Stalin
iniciada en el N° 301.



—Bah, stéjelo llegar, ¡si lo separaré!
—dijo Pokrebychev inclinando la cabeza
por tres veces consecutivas (al
acentuar su aspecto juvenil reflejaba
sua su posición). Luego se puso rígido
de nuevo al mirar con atención al
Patrón—. ¡Tiene usted otras instruccio-
nes, Yes Sarionitch!

Stalin consideró tristemente a ese
pobre ser que tampoco, ¡ay! podía ser
un amigo, en razón de su posición
demasiado inferior.

—Vete, ahora, Sacha —masculló bajo
sus bigotes.

Pokrebychev asintió una vez más
y retiró su cabeza de la puerta entreabi-
erta que volvió a cerrar.

Stalin colocó de nuevo el cerrojo en
su lugar y apretando el chal a su
alrededor se volvió sobre el otro lado.

Entonces advirtió sobre la mesa baja,
al lado del diván, un libro en rú-
stica, barato, de cubierta roja y negra.

Inmediatamente se acordó de lo que
le había apretado el pecho, de lo que
le había producido esas cólicas de
estómago, de lo que le había estropeado
su cumpleaños. Era él, que aún hoy
se levantaba sobre su camastro, al que
no habían apartado: ¡Tito...! ¡Tito!

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había
podido equivocarse con respecto
a ese escorpión? ¡Los años 1938 y
1937 habían sido tan gloriosos! Tantas
cabezas hasta entonces inocentes ha-
bían caído en aquellos años! Pero ha-
bía dejado escapar a Tito.

Con un gruñido, Stalin pasó sus
pies en la tierra, se incorporó y llevó
las manos a su cabeza escameada don-
de se dibujaba un comienzo de calvi-

cie. Una exasperación incontrolable se
apoderó de él. Como un héroe de le-
yenda, Stalin había cortado toda su
vida las cabezas siempre vivas de la
hidra. Así había abatido toda una
montaña de enemigos. Pero nada tro-
pezado con un montículo de tierra.

Kerensky, que todavía vivía en al-
guna parte, no le causaba la menor
molestia al mundo staliniano. Por otra
parte, Nicolás II o Kélichak bien po-
dían surgir de sus tumbas, Stalin no
sentía la menor animosidad contra
ellos: eran enemigos comprobados, no
se preocupaban proponiendo un socialis-
mo para ellos, de una nueva forma, un
socialismo mejor.

¡Un socialismo mejor! Diferente del
de Stalin. ¿Qué aplomo! ¿Quién podía
construir un socialismo sin Stalin?

No se trataba de que Tito tuviera
el menor éxito. ¡De todas maneras
nada podía salir de lo que estaba en
tren de hacer! Stalin consideraba a
Tito como un viejo médico rural (que
ha abierto innumerables vientres y co-
tado miembros por centenas en íbhas
sin chinchesas o sobre mesas a la ori-
lla del camino), mira a un joven in-
terno de guardapolvo blanco.

De pronto, Stalin se dio cuenta de
que su corazón latía más fuerte, que
tenía la vista brumosa y sentía en su
cuerpo espasmos desagradables.

Controló su ritmo respiratorio. Se
pasó la mano sobre la cara y el bi-
gote. No podía ceder. Si lo hacía, Tito
lo haría perder toda tranquilidad, to-
do su apetito, todo su sueño.

Su visión se volvió normal. Otra vez

se dio cuenta del libro rojo y negro.
El libro no estaba allí inútilmente.
Stalin lo tomó con un gesto satisfac-
to, caló su almohada detrás de él
y retomó una posición semiextendida.

Era un ejemplar de la edición im-
presa en dos lenguas europeas, con un
tiraje de millones de ejemplares: 71-
so, el marxista de los traductores, por
Renaut de Jouvenel (era bueno que
el autor apareciera como fuera de la
discusión, que fuera un francés ob-
jetivo, sí y con un nombre aristocrá-
tico por añadidura) Stalin ya lo
había leído atentamente algunos días
antes pero como ocurría con todas las
obras que le agradaban, no tenía pa-
ras de abandonarlas. ¿Cuántos millones
de ojos iban a abrirse para ver a ese
tirano orgulloso, cruel, lleno de afor-
ración por sí mismo y de abominable
cobardía! Aun los comunistas occiden-
tales se enfataban. Ese viejo imbécil
de André Marty tendría que haber
sido excluido del Partido Comunista
por defender a Tito.

¡Hicé el libro y... estaba allí! Todo
estaba allí, todo: el hecho de que Ti-
to, según las apariencias, era un espía
inglés, que estaba orgulloso de sus
calzoncillos marcados con la corona
real, que era físicamente repugnante,
que se parecía a Goering, que tenía
los dedos recubiertos de gruesos an-
illos, que estaba festoneado de meda-
llas y de condecoraciones (¿Cómo era
patética esta vanidad en un hombre
sin ningún genio militar).

Sí, era un libro objetivo. ¡Ateso Tito
no tenía perversiones sexuales! Habría
que hablar de eso también.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encuentro con Stalin (II). [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile